

2º CUATRIMESTRE: DIMENSIÓN

La adoración del cielo manifestada en la tierra (Apocalipsis 4–5)

Amados amigos y consiervos en la obra del Señor, a quienes amamos y servimos con gran placer y alegría por causa de la comunión que nos une. Es nuestro deseo que el desarrollo de la palabra que nos convoca produzca mayor luz y entendimiento respecto a las realidades celestiales.

En la continuidad del segundo cuatrimestre el cual se centra en la palabra Dimensión, veremos, en el mes en curso, la adoración del cielo manifestada en la tierra. En este sentido encontramos que los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis nos permiten contemplar una de las revelaciones más profundas de toda la Escritura, desde la cual podemos acceder al corazón mismo del cielo.

Cuando Juan es llevado *“en el Espíritu”*, podría esperarse que la escena celestial estuviera dominada por estrategias proféticas, explicaciones sobre el futuro, estructuras angelicales o desarrollos detallados acerca de los juicios venideros. Sin embargo, nada de eso ocupa el centro de la visión.

En esta visión el cielo revela que su centro y su actividad principal es la adoración. Esta realidad nos muestra que el universo no gira alrededor del conflicto, sino alrededor de Dios. Lo primero que Juan contempla es *“un trono establecido en el cielo”*. Toda la escena celestial se ordena alrededor de ese trono. Los seres vivientes, los ancianos, los ángeles y finalmente toda la creación orientan su atención hacia el que está sentado allí y hacia el Cordero.

Cuán necesario es recordar permanentemente que el cielo vive centrado en Dios. La tierra muchas veces queda absorbida por el conflicto, la urgencia, la ansiedad y la supervivencia inmediata. El cielo, en cambio, permanece continuamente consciente de quién es Dios. Por ello la adoración aparece como la respuesta permanente a Su grandeza.

La visión de Apocalipsis muestra que la adoración expresa el orden verdadero de la creación y el cielo reconoce continuamente quién es digno. Los seres celestiales proclaman la santidad de Dios, Su eternidad, Su gloria y la dignidad del Cordero y esto nos alinea con la verdad suprema de que Dios ocupa el centro de todas las cosas.

Existe un detalle profundamente significativo en la estructura del Apocalipsis, que anteriormente hemos mencionado. Antes de que se abran los sellos, antes de que aparezcan los juicios, y antes de que la historia profética avance, el cielo permanece adorando. La revelación comienza estableciendo que el centro de la realidad no es el conflicto humano, sino Dios mismo.

Antes de hablar de imperios, bestias, persecuciones o acontecimientos históricos, la visión revela el trono y la respuesta continua del cielo hacia Él. La adoración, entonces, precede al desarrollo de la historia, la cual solo puede interpretarse correctamente desde el trono. Muchas veces la adoración es reducida a canciones, música o momentos litúrgicos. Pero Apocalipsis revela una realidad mucho más profunda: la adoración constituye la atmósfera misma del Reino.

Estamos hablando de la respuesta continua de toda la creación a la revelación de quién es Dios. La adoración nace de la visión correcta de esa realidad y el cielo adora porque contempla la soberanía divina, la gloria eterna y la dignidad del Cordero. Por eso la verdadera adoración trasciende la emoción momentánea. La música puede conmover los sentidos, pero la adoración auténtica surge cuando la vida reconoce profundamente quién ocupa el centro.

2º CUATRIMESTRE: DIMENSIÓN**La adoración del cielo manifestada en la tierra
(Apocalipsis 4-5)****CIELO NUEVO
y
TIERRA NUEVA**

Palabra Apostólica Bienal

Esta adoración celestial posee una dimensión corporativa. Juan no contempla solamente un trono aislado en el cielo, también ve una comunidad entera reunida alrededor de él. La escena celestial manifiesta orden, unidad, reconocimiento y respuesta colectiva al gobierno de Dios. El cielo no aparece como un conjunto de individualidades desconectadas, sino como una realidad perfectamente alineada alrededor del verdadero centro.

En Apocalipsis, la adoración nunca surge como una experiencia puramente privada o individualista. Los seres vivos, los ancianos, los ángeles y finalmente toda la creación participan juntos de la misma dinámica del Reino donde todo converge alrededor del trono. La unidad celestial no nace de uniformidad forzada, sino de una visión compartida: Dios es digno y Dios reina. Cada ser ocupa su lugar y responde al trono.

Por otra parte los seres vivos proclaman continuamente: *“Santo, santo, santo...”* La santidad de Dios ocupa el corazón de la adoración celestial. Decir que Dios es santo significa reconocer Su absoluta singularidad, Su pureza perfecta y Su trascendencia eterna. Algunos teólogos describieron esta realidad como la “otredad de Dios”: Él es totalmente “otro”, incomparable. Mientras la tierra absolutiza el poder humano, idolatra sistemas y exalta al hombre, el cielo preserva continuamente la perspectiva correcta: solo Dios es absolutamente santo.

La respuesta de los ancianos posee una enorme carga simbólica, ya que ellos se postran delante del trono y colocan sus coronas a los pies de Dios. Las coronas representan autoridad, honra, posición y reconocimiento, sin embargo, los ancianos no se aferran a ellas, las rinden delante del trono. La escena revela que toda autoridad encuentra finalmente su origen en Dios y que ninguna gloria humana es autónoma y ningún poder posee carácter absoluto. El cielo reconoce continuamente que el trono está por encima de toda otra dignidad.

La adoración deja entonces de ser solamente canto y se convierte en reconocimiento de soberanía. Toda existencia termina orientándose hacia aquello que considera supremo. Por eso la verdadera adoración involucra necesariamente rendición, alineación y reconocimiento del verdadero centro. El cielo adora porque contempla correctamente quién gobierna.

Por ello cada acto de adoración en la tierra que reconoce la soberanía de Dios participa de esta misma dinámica celestial. La cuestión central no es solamente lo que se canta, sino aquello a lo que la vida se rinde. Desde la desobediencia del primer Adán, el ser humano ha intentado ocupar el centro, definir el bien y el mal por sí mismo y construir autonomía lejos de Dios. La adoración celestial confronta esa ilusión y vuelve a establecer la verdad eterna que solo Dios ocupa el centro legítimo del universo.

Hay algo más aquí que es digno de mencionar: La adoración del cielo es continua, *“Repetían sin cesar...”* Esto es así por cuanto ésta nace de una realidad eterna y revela una acción que permanece constantemente activa y no como un momento aislado ni como una reacción emocional pasajera. La adoración del cielo posee continuidad porque surge del hecho que Dios continúa siendo santo, el trono permanece firme y Su gloria jamás cambia.

La estabilidad de la adoración celestial está ligada directamente a la inmutabilidad de Dios. El cielo no adora porque las circunstancias resulten favorables, lo hace porque Dios

2º CUATRIMESTRE: DIMENSIÓN**La adoración del cielo manifestada en la tierra
(Apocalipsis 4-5)****CIELO NUEVO
y
TIERRA NUEVA**

Palabra Apostólica Bienal

permanece eternamente siendo quien es. Su santidad no disminuye, Su gloria no se desgasta y Su soberanía no fluctúa con el desarrollo de la historia humana. Por eso la respuesta del cielo tampoco se interrumpe.

Cuando la iglesia comienza a comprender esta realidad, la adoración deja de reducirse a un momento litúrgico y empieza a convertirse en una disposición permanente del corazón. A partir de esta realidad podemos comprender que la vida comienza a alinearse con el cielo cuando toda la existencia se transforma en respuesta a la gloria de Dios.

En este sentido la adoración restaura el orden interior del creyente. Una vida centrada verdaderamente en Dios termina convirtiéndose en respuesta continua al Reino. Cuando reconocemos quién gobierna, quién sostiene la historia y quién posee autoridad eterna, toda su existencia comienza a alinearse alrededor de esa realidad.

Las decisiones, prioridades, relaciones y formas de interpretar la vida empiezan a ordenarse desde el centro correcto y la adoración posee entonces una profunda dimensión restauradora. El pecado produjo un gran desorden espiritual desconectando al ser humano de Dios, lo encerró en sí mismo y lo sometió a realidades temporales y cambiantes. La adoración vuelve a colocar a Dios en el centro y cuando el centro correcto es restaurado, la vida comienza a recuperar orden y dirección.

A partir de esta realidad vemos que el cielo no vive dominado por ansiedad ni reaccionando permanentemente al caos. La conciencia continua de Dios produce firmeza cuando la mirada retorna continuamente al Reino, produciendo una profunda estabilidad interior. Vivir desde esta comprensión transforma completamente la espiritualidad. La comunión con Dios deja de limitarse a momentos específicos y comienza a convertirse en una conciencia permanente del Reino. La adoración deja de ser solamente algo que hacemos y pasa a convertirse en una manera de habitar e interpretar la vida.

Para finalizar, es importante meditar en como la adoración celestial alcanza profundidad en el Cordero. En Apocalipsis 5 el centro de la escena ya no es solamente el trono, sino el Cordero. Sin embargo, el trono y el Cordero aparecen inseparablemente unidos. La visión revela que el Reino, la autoridad eterna y la redención convergen plenamente en Cristo.

El cielo gira alrededor del Cordero porque en Él se manifestó la justicia de Dios, el amor de Dios y el propósito eterno del Reino. En Apocalipsis 4, la adoración exalta principalmente al Creador: “Tú creaste todas las cosas...” Pero en Apocalipsis 5 surge un motivo nuevo: “Porque fuiste inmolado, y con tu sangre redimiste...” La adoración celestial se profundiza porque ahora contempla no solamente la creación, sino también la redención.

La creación manifiesta el poder, la sabiduría, y la grandeza divina. La redención revela además el amor, la misericordia, la gracia y la entrega sacrificial de Dios, por eso el cielo entona un cántico nuevo. El Cordero revela el corazón mismo del Reino enseñándonos que el centro del universo no es solamente un Dios poderoso, sino un Dios que redime.

La adoración celestial amados brota entonces del asombro ante la obra consumada de Cristo, donde el pecado fue enfrentado, la muerte fue vencida y la humanidad fue reconciliada con Dios. La adoración de Apocalipsis 5 no surge de una obligación religiosa, nace de la

2º CUATRIMESTRE: DIMENSIÓN**La adoración del cielo manifestada en la tierra
(Apocalipsis 4-5)**

revelación del Cordero que venció. El cielo responde a Su sacrificio, a Su victoria y a Su dignidad eterna.

La adoración no intenta producir la obra de Dios; responde a lo que Él ya realizó. Esta verdad transforma completamente la comunión con Dios. La lógica religiosa nos lleva a intentar merecer su aceptación, alcanzar a Dios mediante esfuerzo o construir espiritualidad desde el activismo. El Cordero revela una realidad completamente distinta: la obra decisiva ya fue consumada.

La verdadera adoración surge entonces del reconocimiento agradecido de la gracia manifestada en Cristo. Cuando el Cordero toma el libro, el cielo canta un “cántico nuevo”. Ese cántico anuncia que la redención inauguró un nuevo tiempo, una nueva creación y una nueva realidad espiritual. Así, la cruz se convierte en el gran punto de inflexión de la historia redentora.

De esta manera, cuando la iglesia adora desde la obra consumada de Cristo y no desde el esfuerzo humano, la adoración del cielo comienza a hacerse visible en la tierra. Apocalipsis 5 revela así el fundamento más profundo de toda adoración verdadera, no la emoción, no la tradición, no la música, ni el esfuerzo humano, sino el Cordero.

Ap. Alberto Calviño

PLANIFICACIÓN DEL MES – Sugerencias semanales

1º Semana: La actividad central del cielo: Adoración

2º Semana: La adoración del cielo es continua, “Repetían sin cesar...”

3º Semana: La adoración del cielo es misional y representativa

4º Semana: La adoración del cielo se vuelve cósmica